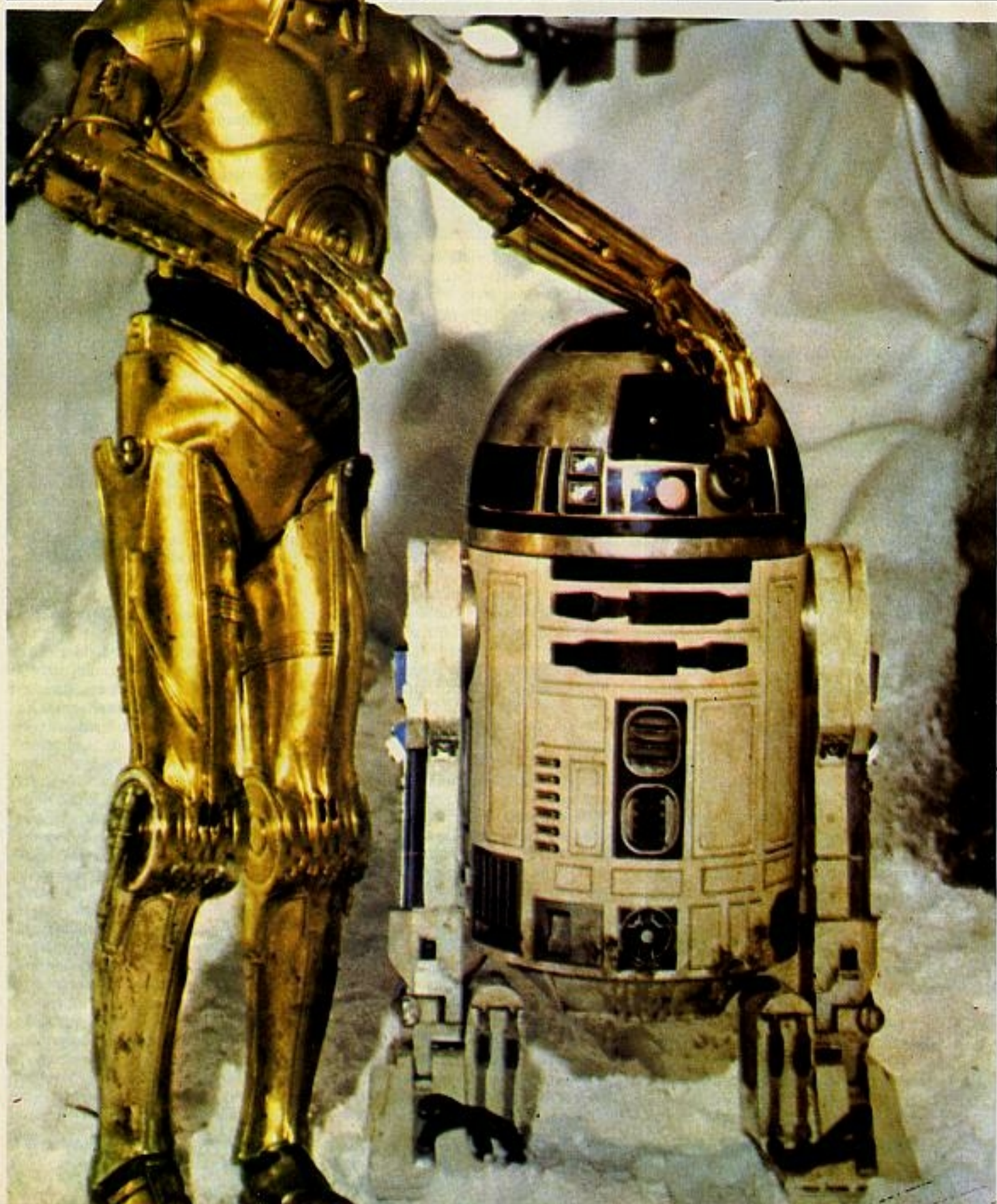


CRONICA DE

...
...
...
...
...
...
...

RAMIRO CRISTOBAL



VIAJE DIABOLICO AL ÚLTIMO CINE FANTASTICO Y DE TERROR

CANTA, ¡oh, Musa celestial, del Hombre la primera desobediencia». Con este primer verso, el severo y fervoroso John Milton trató de hacernos aceptar, con la mayor resignación posible, el cúmulo de males que vienen a continuación: el Paraíso perdido, el Infierno encontrado. Del mismo modo, la fábrica de sueños, también ha decidido hacer pagar al Hombre su última desobediencia: negarse a la sumisión absoluta a las multinacionales. Con ánimo contrito y acopio de paciencia, hemos sido entregados a las legiones diabólicas que forman grandes filas de pecadores y las introducen con sus tridentes por las mil puertas del Averno. Allí, en la oscuridad, comienzan los horrores.

Los viajeros, apiñados, asombrados y temerosos se preguntan «¿Son sombras o hombres verdaderos?». Una voz cavernosa, como la de Virgilio, les contesta: «No soy hombre. Lo fui antaño». Y este ser, otrora admirado, nos conduce de la mano por los nueve círculos. Este Virgilio de hoy, responde al nombre de Lester o Kubrick o Disney, pero cumple su oficio a la perfección: hará de guía y salvconducto en el recorrido infernal.

A la gente, como al propio Dante, le gusta. Ese delicioso cotilleo de catástrofes forasteras, ese sufrimiento entrevisto de los demás, ese acerico de tridentes diabólicos encajados en culo ajeno, no dejan de tener su atractivo.

Pero, sobre todo, descansa de pensamientos malsanos. Antes que nada es aleccionador y educativo. Lejos de nosotros historias complicadas; una vez más la suave facilidad, la dulce seguridad de estar en el secreto. Lo que es, no es un misterio jamás. Probablemente la invención del Diablo, entre otras causas históricas e ideológicas, responde a la simplicidad de la explicación. Compendio de males, a cualquiera de ellos responde; chivo y jefe de chivos, hace de cabrio expiatorio. Apto para la miseria y el terror a la vida, Satanás o Belcebú reaparece cucamente cuando es necesario. Como ahora, sin ir más lejos. O al menos así puede comprobarlo el viajero encerrado en la mefítica y atiborrada habitación oscura.

Primer círculo: el demonio iracundo

¿Puede un demonio, sin blasfemia, manifestarse en trinidad? Para los peregrinos que vean «Superman II», obra de Richard Lester, la cosa no ofrece duda. Provenientes del espacio donde moraban, hace casi una eternidad, los tres seres infernales «vestidura negra, poderes sobrenaturales» caen sobre la pobre tierra. La inteligencia cruel y depravada; la fuerza bestial y la suave maldad, atribuida a la mujer. Tres en una: dominan el viento y el fuego, pueden abrasar o arrastrar a las personas y cosas hasta el espacio. Nada puede hacer el hombre sino rogar.

No hay que lamentarse demasiado; siempre hay salvación. Superman está con nosotros. Para sus creyentes y adictos que han visto la primera parte de su vida ejemplar, Superman en la adolescencia, se retirará a meditar a un desierto de hielo. Desde el más allá su Padre Eterno —era Marlon Brando que viene a ser lo mismo— le pide que dedique todos sus superpoderes a

proteger a los pobres y dolientes humanos. Así que ya tenemos a unos y otros enfrentados: la bondad, la benevolencia, la belleza, la honradez, los Estados Unidos, contra la maldad diabólica, la inteligencia maquiavélica, la revolución...

El hecho de que el Demonio sea tres no debe confundirnos demasiado. Ya Daniel Defoe se planteó tan ardua cuestión; a saber, si el Diablo es uno o muchos. Dice en su «Historia del Diablo»: «Es cuestión todavía no resuelta por los sabios si la palabra Diablo es nombre singular o partitivo; esto es, si corresponde a un Individuo o a una persona sola o si es un nombre colectivo; es decir que puede darse a una multitud». Y recurre a los Evangelios: «De este modo está expresado en la Escritura (Marcos V, 9) donde se dice, en primer lugar que el demoníaco está poseído del Diablo, en singular y Nuestro Señor, al interrogarle, le habla como a una persona sola: «¿Cuál es tu nombre?» y él contesta en plural y en singular al mismo tiempo: «Tengo por nombre Legión, pues somos varios».

Sea como sea no es obstáculo para que Superman imponga, de nuevo, el

«El Imperio contraataca», de Irving Kershner —en la página contigua—, «El Resplandor», de Stanley Kubrick, bajo estas líneas, no son más que dos de las mil puertas del Averno que ofrece la fábrica de sueños al espectador sumiso y angustiado.



VIAJE DIABOLICO

orden, bajo el cartel de Coca-Cola. Los tres seres negros, nuestros diablos particulares, son arrojados por una profunda sima y sepultados en lo más hondo de los abismos. Superman aún tiene tiempo, a punto de terminar su segunda venida entre nosotros, para dar una lección a un matoncillo de los de por aquí. Todo lo ve y nada olvida. Lo importante es que, antes de su tercer advenimiento, que ya se nos anuncia, el diablo iracundo (¿tres en uno, uno en tres?) ha sido vencido ante nuestros ojos. Podemos marchar en paz.

Retengamos, sin embargo, un primer sostenido de nuestro viaje satánico: los diablos vienen del espacio. La permanencia en el centro de la tierra cayó en desuso después de Julio Verne y el gran agujero de Islandia.

Segundo círculo: el demonio de la ambición

Flash Gordon, el mítico héroe espacial de Alex Raymond, también hace frente al demonio de la soberbia, la ambición y la destrucción. De la mano de De Laurentis asistimos a su combate primigenio. Sorprendentemente —si es que hay algo que pueda sorprender en esta gran batalla— ayudan a Flash, el atleta norteamericano, legiones de seres alados; a veces, durante la lucha, estos defensores del bien son alcanzados y se precipitan entonces en el vacío como en un gran fresco vaticano.

En el planeta Mongo, en el gran emperador Ming, en las mujeres sensuales y tentadoras, en su afán de poder, en su desmedida ambición, está el Infierno. Dicen los «connaisseurs» que Alex Raymond fue el primer creador de «comics» que se dio cuenta de la importancia de la mujer y el erotismo en la sociedad de consumo. Lo malo es que De Laurentis es el último productor que se ha dado cuenta de las ventajas de hacer cine tolerado. Así que las mujeres perversas y sensuales, las mujeres diabólicas se mantienen en una discreta retaguardia.

Otra cosa es ya el carácter «oriental» de la corte diabólica. Si los demonios de Superman, tenían algo de guerrillero de las selvas de Bolivia y hasta de revolución urbana, los de Flash Gordon dominan en palacios suntuosos y un poco mediaveles. Fieles, por otro lado, al espíritu inicial de la obra que el especialista francés Gerard Blanchard define como «aspecto wagneriano de la epopeya. El

orientalismo convencional de sus dragones, de Ming y del planeta Mongo, así como una Edad Media heredada de Robin de los Bosques. La curiosa mezcla de estos elementos heterogéneos compone una gesta llena de fantasía». Aquí, decíamos, sí que no hay disimulo: la corte malvada tiene un parentesco cercano con el infierno de Fu Manchú y sus «dacois». Mantiene todos los rasgos típicos que suelen atribuirse a las dictaduras imperalistas, es decir, vida muelle para los ambiciosos dictadores y falta de voluntad e inteligencia para los esclavos-soldados, la lucha de Flash Gordon y sus aliados voladores conlleva así, un suave, pero perceptible, toque de racismo y de conveniente politización, sin caer en demagogias demasiado ostensibles. Una vez más es la lucha del ingenio y la «libertad», del sano deporte y la inocencia, contra las mentes cuadradas, la fuerza sin imaginación y la maldad que a veces se vuelve contra quienes la usan.

Trabajosamente, pero felices al final, los viajeros van saliendo de los dos círculos infernales de la violencia y de la ambición. Muchas claves de su vida incomprensible están allí, afortunada y definitivamente vencidas. Estamos prontos a enfrentarnos a unas cuantas más.

Círculo tercero: el demonio del misterio

Bueno. Claro está que no entendemos nada de lo que pasa ahora. Pero, en fin, habrá posibilidad, quizás, de entrever, más o menos confusamente de donde parten los terrores y a quien benefician. Lo que ya está menos claro es qué clase de Infierno, qué razas de demonios habitan en el futuro; en lo desconocido, en los mundos y espacios paralelos, en la antimateria. Una película de calidad inferior, sin duda, a las antedichas pero muy significativa, trata de dar una respuesta a esta inquietud. Su título es «Abismo negro» y está producida por la «fábrica» Disney, con un reparto de bastante lujo: Anthony Perkins, Ernest Borgnine, Maximilian Schell, etcétera.

El argumento central de la película gira en torno a la diabólica, pecaminosa, atracción que produce un cierto remolino espacial, llamado el abismo negro. Hay en la expedición planetaria, posturas conservadoras y posturas progresistas y como tales diabólicas. Para unos, los segundos, el abismo negro debe ser afrontado y explorado, respondiendo así a la vocación

humana de sumar experiencias y conocimientos. Para los otros, en cambio, lo mejor es volverse a la tierra y disfrutar del dulce calor del hogar y los electrodomésticos. Se intercala en la acción una especie de capitán Nemo, del espacio, arquetipo del científico loco y rebelde, que cree firmemente que el fin justifica los medios: es el Demonio, con todo su atractivo y buenas maneras, pero con su mente obscenamente cruel. Tras una serie de acontecimientos que no vienen al caso porque a su lejanía de nuestro tema, unen su condición de tediosos, los viajeros se ven obligados a meterse en el túnel desconocido.

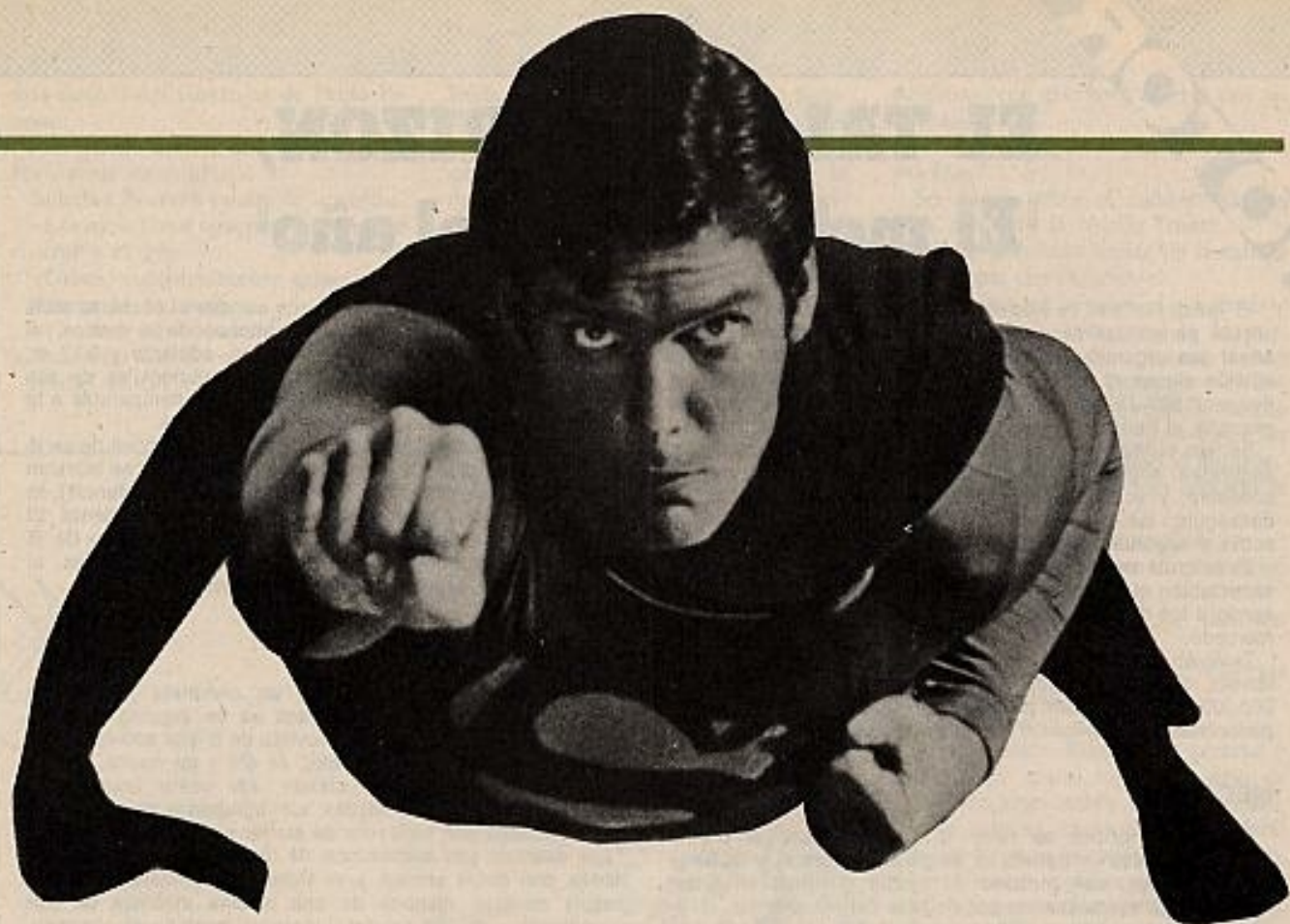
¿Qué pasa allí?

Pues durante un gran espacio de tiempo, la nave sufre convulsiones y temperaturas insoportables. Al fin, sobre un gran espacio abierto y llamante, en todo el frente, se recorta una enorme piedra rodeada de fuego y, sobre ella, la maligna presencia de un gran coloso negro y con sólo los ojos relucientes. El responsable musical se perdió la ocasión de intercalar a Mussorsgky (Modest Petrovich, 1839-89) demostrando así su cultura y buen gusto. En fin, la mencionada visión aterradora va pasando lentamente y, de repente ¡una luz! Es algo así como una ojiva luminosa, una especie de ventanal gótico con algo dentro (¿recuerdan las virgencitas de Fátima hechas en plástico fluorescente?); los exploradores del espacio comienzan a oír una música deliciosa y sienten un gran descanso. Allí, al frente, aparece el globo luminoso del sol (o de la estrella Alpha Centauro, vaya usted a saber donde han salido) y todos comprendemos que el demonio del misterio ha quedado atrás, eternamente prisionero del abismo negro.

Es necesario, antes de seguir adelante, pedir dispensa por una cierta grosería analítica, porque «Abismo negro» es, a su manera, tan descarada y zaragatera como «El exorcista», pongamos por caso. El resto de las mencionadas mantienen, al menos, una apariencia distinta. Dicho esto pasemos adelante.

Círculo cuarto: el demonio invisible

Bajemos del espacio y vayámonos a una curiosa resurrección del folletón gótico, con una gran mansión aislada, poblada de seres invisibles y ominosos. El último grito en cine de terror está firmado por Stanley Kubrick y se llama «El resplandor». Sin duda es



una magnífica cinta del género con hallazgos de luminosidad y de movimiento de cámara rara vez igualados. Es, también, una de las pocas veces que se ha construido el horror sin recurrir a la salsa de tomate y casi solo a base de la amenaza que parte del propio silencio y de la soledad. Pero metidos ya en el viaje diabólico, fijémonos en el personaje principal que de forma harto discutible interpreta Jack Nicholson.

Una de dos, o se trata de un diablo de paisano o es simplemente un energúmeno, endemoniado o poseso, que de todas estas formas les llama el Padre Claret en «El colegial instruido». Si es lo primero, es decir, un diablo «à la page», por así decirlo, no hay gran problema. Los conocedores del tema como Claude Seignolle, así lo dicen: «Es uno y es varios. Se viste de ciudadano o de aldeano, según el escenario. Alborotador o discreto. A veces dulce, cual sonrisa de monja. De buena parte o truhán, señor o mendigo... Como tú y como yo que es lo que mejor se le da». Y si es un endemoniado, la cosa es todavía más simple. Pero de lo que no debe quedar duda es que ese hombre, escritor en ciernes y amante de su familia, es transformado de mala manera a partir de un cierto momento.

De una forma u otra, el resultado es el mismo. Lo importante es la materialización de la amenaza, del horror; lo verdaderamente fundamental es que lo que nos amenaza

tenga nombre y apellido e incluso una cara que podamos ver y palpar. Sin duda que el público, en general, encuentra explicable el que uno pueda saltar por los aires en cualquier momento, si se le ofrece al destripador del Yorkshire en carne y hueso. En este sentido «El resplandor» se incorpora a nuestro viaje diabólico, el cual, por si alguien no lo había notado, forma parte de la obligada terapia de grupo. Es la incorporación, sin rebeldías, a un mundo hecho a base de sofisticación y pasta Colgate.

Ultimo círculo: los demonios interiores

Algo más lejana en el tiempo, aunque aún sigue en cartel, «El imperio contraataca», segunda parte de «La guerra de las galaxias», es también un juego diabólico: el Caballero Negro, apenas una voz profunda y dominante, apenas un poder irresistible, es la más perfecta personificación del diablo. Este ya superconocido personaje tiene una característica especial: sirve y es servido por un gran imperio de corte realista. ¿Qué puede pensarse pues? Simplemente que hay un imperio —por cierto hábilmente ataviado con uniformes similares al ejército Rojo— que ha pactado con el Diablo. Exactamente como pensaba Arias Salgado padre, que hacia Stalin: «Stalin —dijo en un almuerzo con periodistas— viaja con frecuencia y no se

dan explicaciones de adonde va. Pero nosotros lo sabemos. Se va a la República de Azerbaiyan y allí, en un pozo abandonado de las perforaciones petrolíferas, se le aparece el diablo, que surge de las profundidades de la tierra. Stalin recibe las instrucciones diabólicas de cuanto ha de hacer en política. Las sigue al pie de la letra y esto explica sus éxitos pasajeros».

Eso es: «éxitos pasajeros». Porque lo que realmente caracteriza a la maldad diabólica es su carácter de temporalidad. Puede prevalecer un tiempo pero es siempre finalmente vendida. Como dice Villeneuve en su «Universo diabólico», el demonio es «ambivalente, andrógino, oscuro y difuso... símbolo de las pasiones malditas, de las tinieblas y de la muerte». Pero ni por esas. Al final será aplastado y exterminado por los Supermanes y los Flash Gordon de turno. El «lasciate ogni speranza voi ch'entrate», no pasa de ser una baladronada más de Lucifer el macarra, el mismo Virgilio consuela a Dante diciéndole que deje todo temor y cobardía. Se ve que conocía el percal.

En fin, concluido el viaje, hasta la calle parece más acogedora. Incluso el mundo del paro y la corrupción, de la incultura provocada y la violencia cotidiana se hace más llevadero. Por lo menos en la oscuridad infernal, los buenos atletas yanquis han vencido a un enemigo de lo más desagradable. Menos mal y a esperar que se repita. ■ R. C.